

Antonio Machado

## Proverbios y cantares

### Poema original:

I

Nunca perseguí la gloria  
ni dejar en la memoria  
de los hombres mi canción;  
yo amo los mundos sutiles,  
ingrávidos y gentiles  
como pompas de jabón.  
Me gusta verlos pintarse  
de sol y grana, volar  
bajo el cielo azul, temblar  
súbitamente y quebrarse.

II

¿Para qué llamar caminos  
a los surcos del azar?...  
Todo el que camina anda,  
como Jesús, sobre el mar.

III

A quien nos justifica nuestra desconfianza  
llamamos enemigo, ladrón de una esperanza.  
jamás perdona el necio si ve la nuez vacía  
que dio a cascar al diente de la sabiduría.

IV

Nuestras horas son minutos  
cuando esperamos saber,  
y siglos cuando sabemos  
lo que se puede aprender.

V

Ni vale nada el fruto  
cogido sin sazón...  
Ni aunque te elogie un bruto  
ha de tener razón.

VI

De lo que llaman los hombres  
virtud, justicia y bondad,  
una mitad es envidia,  
y la otra no es caridad.

VII

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos;  
conozco grajos mélicos y líricos marranos...  
El más truhán se lleva la mano al corazón,  
y el bruto más espeso se carga de razón.

VIII

En preguntar lo que sabes  
el tiempo no has de perder...  
Y a preguntas sin respuesta,  
¿quién te podrá responder?

IX

El hombre, a quien el hambre de la rapiña acucia,  
de ingénita malicia y natural astucia,  
formó la inteligencia y acaparó la tierra.  
¡Y aun la verdad proclama! ¡Supremo ardid de guerra!

X

La envidia de la virtud  
hizo a Caín criminal.  
¡Gloria a Caín! Hoy el vicio

es lo que se envidia más.

XI

La mano del piadoso nos quita siempre honor;  
mas nunca ofende al darnos su mano el lidiador.  
Virtud es fortaleza, ser bueno es ser valiente;  
escudo, espada y maza llevar bajo la frente;  
porque el valor honrado de todas armas viste:  
no sólo para, hiere, y más que aguarda, embiste.  
Que la piqueta arruine, y el látigo flagele;  
la fragua ablande el hierro, la lima pula y gaste,  
y que el buril burile, y que el cincel cincele,  
la espada punce y hienda y el gran martillo aplaste.

XII

¡Ojos que a la luz se abrieron  
un día para, después,  
ciegos tornar a la tierra,  
hartos de mirar sin ver!

XIII

Es el mejor de los buenos  
quien sabe que en esta vida  
todo es cuestión de medida:  
un poco más, algo menos...

XIV

Virtud es la alegría que alivia el corazón  
más grave y desarruga el ceño de Catón.  
El bueno es el que guarda, cual venta del camino,  
para el sediento, el agua; para el borracho, el vino.

XV

Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,  
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...  
Y entre los dos misterios está el enigma grave;

tres arcas cierra una desconocida llave.  
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.  
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica,  
un animal absurdo que necesita lógica.  
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,  
«Ya estoy en el secreto—se dijo—: todo es nada.»

XVII

El hombre sólo es rico en hipocresía.  
En sus diez mil disfraces para engañar confía;  
y con la doble llave que guarda su mansión para la ajena hace gonzúa de ladrón.

XVIII

¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!  
Ajax era más fuerte que Diomedes;  
Héctor, más fuerte que Ajax,  
y Aquiles, el más fuerte; porque era  
el más fuerte... ¡Inocencias de la infancia!  
¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!

XIX

El casca-nueces-vacías,  
Colón de cien vanidades,  
vive de supercherías  
que vende como verdades.

XX

¡Teresa, alma de fuego;  
Juan de la Cruz, espíritu de llama;  
por aquí hay mucho frío, padres; nuestros  
corazoncitos de Jesús se apagan!

XXI

Ayer soñé que veía  
a Dios y que a Dios hablaba;  
y soñé que Dios me oía...  
Después soñé que soñaba.

XXII

Cosas de hombres y mujeres:  
los amoríos de ayer  
casi los tengo olvidados,  
si fueron alguna vez.

XXIII

No extrañéis, dulces amigos,  
que esté mi frente arrugada.  
Yo vivo en paz con los hombres  
y en guerra con mis entrañas.

XXIV

De diez cabezas, nueve  
embisten y una piensa.  
Nunca extrañéis que un bruto  
se descuene luchando por la idea.

XXV

Las abejas, de las flores  
sacan miel, y melodía  
del amor, los ruiseñores;  
Dante y yo—perdón, señores—  
Trocamos—perdón, Lucía—  
el amor en Teología.

XXVI

Poned sobre los campos

un carbonero, un sabio y un poeta.  
Veréis cómo el poeta admira y calla,  
el sabio mira y piensa...  
Seguramente, el carbonero busca  
las moras o las setas.  
Llevadlos al teatro  
y sólo el carbonero no bosteza.  
Quien prefiere lo vivo a lo pintado  
es el hombre que piensa, canta o sueña.  
El carbonero tiene  
llena de fantasías la cabeza.

XXVII

¿Dónde está la utilidad  
de nuestras utilidades?  
Volvamos a la verdad:  
vanidad de vanidades.

XXVIII

Todo hombre tiene dos  
batallas que pelear.  
En sueños lucha con Dios;  
y despierto, con el mar.

XXIX

Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino:  
se hace camino al andar.  
Al andar se hace camino,  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.  
Caminante, no hay camino,  
sino estelas en la mar.

XXX

«El que espera desespera»,

dice la voz popular.  
¡Qué verdad tan verdadera!  
La verdad es lo que es,  
y sigue siendo verdad  
aunque se piense al revés.

XXXI

Corazón, ayer sonoro,  
¿ya no suena  
tu monedilla de oro?  
Tu alcancía,  
antes que el tiempo la rompa,  
¿se irá quedando vacía?  
Confiemos  
en que no será verdad  
nada de lo que sabemos.

XXXII

¡Oh fe del meditabundo!  
¡Oh fe después del pensar!  
Sólo si viene un corazón al mundo  
rebosa el vaso humano y se hincha el mar.

XXXIII

Soñé a Dios como una fragua  
de fuego que ablanda el hierro,  
como un forjador de espadas,  
como un bruñidor de aceros  
que iba firmando en las hojas  
de luz: Libertad.—Imperio.

XXXIV

Yo amo a Jesús que nos dijo:  
Cielo y Tierra pasarán.  
Cuando Cielo y Tierra pasen,  
mi palabra quedará.  
¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?  
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?

Todas tus palabras fueron  
una palabra: Velad.  
Como no sabéis la hora  
en que os han de despertar,  
os despertarán dormidos  
si no veláis; despertad.

XXXV

Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿Cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esta maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?

XXXVI

Fe empirista. Ni somos ni seremos.  
Todo nuestro vivir es emprestado.  
Nada trajimos; nada llevaremos.

XXXVII

¿Dices que nada se crea?  
No te importe; con el barro  
de la tierra, haz una copa  
para que beba tu hermano.

XXXVIII

¿Dices que nada se crea?



Alfarero, a tus cacharros.  
Haz tu copa, y no te importe  
si no puedes hacer barro.

XXXIX

Dicen que el ave divina,  
trocada en pobre gallina  
por obra de las tijeras  
de aquel sabio profesor  
—fue Kant un esquilador  
de las aves altaneras;  
toda su filosofía,  
un sport de cetrería—,  
dicen que quiere saltar  
las tapias del corralón  
y volar  
otra vez, hacia Platón.  
¡Hurra! ¡Sea!  
¡Feliz será quien lo vea!

XL

Sí, cada uno y todos sobre la tierra iguales:  
el ómnibus que arrastran dos pencos matalones,  
por el camino, a tumbos, hacia las estaciones;  
el ómnibus completo de viajeros banales,  
y en medio un hombre mudo, hipocondríaco, austero,  
a quien se cuentan cosas y a quien se ofrece vino...  
Y allá, cuando se llegue, ¿descenderá un viajero  
no más? ¿O habránse todos quedado en el camino?

XLI

Bueno es saber que los vasos  
nos sirven para beber;  
lo malo es que no sabemos  
para qué sirve la sed.

XLII

¿Dices que nada se pierde?

Si esta copa de cristal  
se me rompe, nunca en ella  
beberé, nunca jamás.

XLIII

Dices que nada se pierde,  
y acaso dices verdad;  
pero todo lo perdemos,  
y todo nos perderá.

XLIV

Todo pasa y todo queda;  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar.

XLV

Morir... ¿Caer como gota  
de mar en el mar inmenso?  
¿O ser lo que nunca he sido:  
uno, sin sombra y sin sueño,  
un solitario que avanza  
sin camino y sin espejo?

XLVI

Anoche soñé que oía  
a Dios gritándome: ¡Alerta!  
Luego era Dios quien dormía,  
y yo gritaba: ¡Despierta!

XLVII

Cuatro cosas tiene el hombre  
que no sirven en la mar:  
ancla, gobernalle y remos,  
y miedo de naufragar.

## XLVIII

Mirando mi calavera  
un nuevo Hamlet dirá:  
He aquí un lindo fósil de una  
careta de carnaval.

## XLIX

Ya noto, al paso que me torno viejo,  
que en el inmenso espejo  
donde orgulloso me miraba un día,  
era el azogue lo que yo ponía.  
Al espejo del fondo de mi casa  
una mano fatal  
va rayando el azogue, y todo pasa  
por él como la luz por el cristal.

## L

—Nuestro español bosteza.  
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?  
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?  
—El vacío es más bien en la cabeza.

## LI

Luz del alma, luz divina,  
faro, antorcha, estrella, sol...  
Un hombre a tientas camina;  
lleva a la espalda un farol.

## LII

Discutiendo están dos mozos  
si a la fiesta del lugar  
irán por la carretera  
o a campo traviesa irán.  
Discutiendo y disputando  
empiezan a pelear.  
Ya con las trancas de pino

furiosos golpes se dan;  
ya se tiran de las barbas,  
que se las quieren pelar.  
Ha pasado un carretero,  
que va cantando un cantar:  
«Romero, para ir a Roma,  
lo que importa es caminar;  
a Roma por todas partes,  
por todas partes se va.»

LIII

Ya hay un español que quiere  
vivir y a vivir empieza,  
entre una España que muere  
y otra España que bosteza.  
Españolito que vienes  
al mundo, te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.